



Cuatro cuentos incidentes

J. Ignacio "Iñaki" Chaves, Beatriz E. Múnera B., María Fernanda Peña S., Carlos E. Sanabria B.

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e330>

Cuatro cuentos incidentes

Four incident stories

Beatriz E. Múnera B.
María Fernanda Peña S.
Carlos E. Sanabria B.
J. Ignacio "Iñaki" Chaves G.
Contacto: mafepsarmiento@gmail.com

Muchas veces, lo que hacemos en nuestras clases buscando la atención de nuestras estudiantes es "echar cuento". Ahora, en tiempos de cuarentena, queremos plasmar cuatro cuentos sin buscar denodadamente llamar su curiosidad, sino para convocarles a la reflexión pausada, o no tanto.

Dos profesoras nacidas en Colombia y dos profesores, uno también del país andino y otro de la península ibérica, queríamos escribir un cuento, o una carta, a estudiantes y colegas en estos tiempos de pandemia, la primera del siglo XXI, para contarles nuestros abordajes personales y académicos ante el nuevo panorama.

Todos nosotros residentes en Bogotá, aunque eso no importa mucho ahora porque a través de la pantalla, sin la presencia física, da igual dónde te encuentres, nos conectamos con la idea de construir un texto a ocho manos, o cuatro textos de a dos manos que sumarán uno solo. Tal como hicieron lord Byron, Mary Shelley y compañía, provocando el nacimiento de una de las



novelas de “terror”, diríamos de denuncia de la exclusión, más interesantes de la literatura universal, nos juntamos, sin tantas pretensiones y no en un castillo sino frente a un computador con cámara, para conversar y dar a luz lo que ahora se les presenta en este texto como cuatro cuentos incidentes.

Cuatro pensamientos fraccionados por la infodemia que acompaña a la pandemia. Cuatro maneras de contar lo que nos está pasando y cómo lo estamos llevando. Los cuerpos hoy aislados de estas cuatro personas dedicadas a la docencia universitaria reflexionan, sin poder discernir claramente si lo que cuentan es más resultado de sus cabezas que de sus corazones, sobre los sentimientos y conocimientos que se han visto sacudidos por lo que supone enseñar, y aprender, bajo una crisis sanitaria como esta de 2020.

Producir imágenes con sentido para interpretar el mundo que habitamos. Pero ¿cómo hacer si el mundo se reduce a tu espacio íntimo, a las cuatro paredes de tu apartamento? Abordar el valor de la fotografía social desde la individualidad de la vida cotidiana en aislamiento es una labor que requiere mucha imaginación.

Abordar una cartografía social de los cuerpos sin tener presencia de ninguno de ellos es otra tarea ardua. Se extrañan los cuerpos cuando las clases se reducen al aula que supone tu estudio y la pantalla, imágenes y voces pixeladas, por la que intentas conectar tu cuerpo con las corporalidades de tus estudiantes.

Añoramos las clases, los ruidos y los silencios de las aulas cuando intentamos explicar la tarea del día. Pero ¿para qué las clases presenciales si cuando las había las estudiantes se abstraían de todo conectadas a sus dispositivos móviles?, ¿será distinto después de la epidemia? Seguro que será diferente, pero tal vez sea el momento de reflexionar si realmente queríamos y necesitábamos de la presencialidad para enseñar a pensar el mundo.

Un bicho microscópico ha conseguido lo que tanto tiempo venían buscando aquellas personas que defendían a ultranza la internet y sus posibilidades. El triunfo de las individualidades por encima de lo colectivo. Pero no es tan fácil, porque ahora resulta que echamos de menos encontramos, las reuniones y los abrazos. ¿Qué vendrá en lo comunicativo después del coronavirus?

La suma de esas cuatro miradas da como resultado una especie de cuento o carta, de mensaje en una botella dirigido no solamente a estudiantes y a la academia, sino a todas las personas que sientan que esta crisis nos da pie para hacer una revolución y proponer el tiempo de la



escucha, de redescubrir el tiempo (los tiempos) del otro (de los otros) (Han, 2018), de luchar contra el yoísmo de internet haciendo acciones políticas para prestarnos atención.

Esta es una carta cuento colectiva de ilusiones, de añoranzas, de críticas y de esperanzas. ¿Optimista o pesimista? Más bien, “optipesimista” o “pesioptimista”. O ni lo uno ni lo otro, simplemente cuatro voces que hemos escrito lo que creemos que podemos aportar para que volvamos a escucharnos, haciendo así mas llevadera una situación de crisis inesperada en la que nadie sabe cuándo y cómo saldremos de ella.

Mientras lo conseguimos, aquí tienen estos cuatro cuentos incidentes de las vidas de cuatro docentes que reclamamos, cada una a nuestra manera, el poder de la escucha y el valor de lo corporal para la transformación social.

Una historia vieja y nueva

Beatriz E. Múnera Barbosa
Profesora universitaria y fotógrafa (Colombia)

Creo que tendría unos nueve años cuando hice mi primera fotografía, estaba en la finca de la infancia en un pueblito olvidado del nordeste antioqueño colombiano pasando, como era costumbre, las vacaciones del colegio con mi familia.

Días antes había descubierto, en un mueble de mi papá, una camarita de cajón que, mucho tiempo después, especulé que podría ser una *Kodak Brownie* de carrete 120 o como le decíamos coloquialmente, una 6x6.

Me recuerdo caminando sola en un día soleado por un paisaje de apariencia lunar, una enorme mina de oro a cielo abierto situada al frente de donde estaba nuestra finca. Un lugar de monumentales rocas rojas y amarillas que me hacía sentir diminuta, como un pequeño insecto recorriendo un desierto que parecía una gran herida abierta al Sol.

Recuerdo con claridad la sensación de felicidad de esa niña de 9 años, veo su sonrisa sintiendo el viento en la cara y llevando en el cuello la cámara, observando y registrando en detalle árboles y peñascos. Doce fotografías hice, de las que no tengo por desgracia ninguna.

Con los años confirmé mi deseo de estudiar arte y ser fotógrafa, y enseñar en la universidad mi pasión por las imágenes, por lo que ellas nos cuentan y por lo que nos permiten narrar, por ser memoria e historia.



Siempre declaré que el estado perfecto en mi vida era gastar los zapatos y fotografiar, compartir en las aulas la reflexión sobre la imagen, hacer uso del libre albedrío y con la cámara como licencia explorar y conocer seres, mundos y maneras de vivir.

Elegí la fotografía documental como mi favorita, por la humanidad que me exige y la ética que creo debe transmitir en su realización y exposición. Porque me identifico con eso de que “somos calle” que leí hace un tiempo en la Comuna 13 de Medellín.

Siempre vuelvo a Sontag y leo “La sabiduría esencial de la imagen fotográfica afirma: Ésa es la superficie. Ahora piensen -o más bien sientan, intuyan- qué hay más allá, cómo debe de ser la realidad si ésta es su apariencia” (2006, p. 42). Coincido con ella en ese anhelo profundo de belleza, en la celebración del cuerpo y el mundo, y en que hoy todo existe para culminar en una fotografía.

Hoy llevo 40 días de aislamiento y estoy sintiendo una experiencia documental en imágenes al aprender con mis estudiantes en la distancia, a través de una pantalla. Estamos, pese a la virtualidad, intentando pensar juntos, haciendo un ejercicio de registrar lo íntimo y lo propio que nos da la vida cotidiana. Experimentando la rutina de las horas, descubriendo el universo inmenso y desconocido de los objetos que nos acompañan, que han estado ahí por mucho tiempo y que de repente en estos días de encierro se hacen visibles a nuestros ojos.

Narramos con imágenes desde la prehistoria y hoy hemos cambiado las herramientas, pero seguimos teniendo la misma finalidad: situarnos en el mundo, decir quiénes somos y qué hacemos, en definitiva, contar y contarnos. Porque la fuerza de las imágenes fotográficas proviene de que son realidades materiales por derecho propio, medios poderosos para poner en jaque lo que nos rodea, para transformarlo.

Por estos días, mis estudiantes están, con sus particulares circunstancias, reflexionando en la intimidad de sus cuartos. Cada quien con sus preocupaciones y sobrellevando el aislamiento, algunos solos y lejos de sus familias, otras y otros resistiendo la monotonía de los días o soportando mal las noches de insomnio. Expresan el gusto por el encuentro, por la cita semanal de clase, y se agolpan alegres frente a la pantalla para conversar sobre la narrativa, la historia, la teoría o la reflexión acerca de la imagen fotográfica. Alegrándose de escuchar y ver, así sea a través de la tecnología, a sus compañeras y compañeros, celebrando las bromas y prestando atención a los comentarios de su profesora.



Ellos mismos se sorprenden de la creatividad que les ha exigido el confinamiento, de tener que ver lo cercano, lo cotidiano, con detenimiento y nuevos ojos y que, sin habérselo propuesto, tengan que innovar y transformar. Es desde la incertidumbre que están creando con toda la elocuencia de que son capaces, insistiendo y esforzándose para definir aquello que debe ser dicho con el lenguaje de las imágenes.

De estas circunstancias brotan fortalezas y también debilidades. Así, la pregunta por la composición fotográfica se transforma en una pesquisa de la mirada, en exigencia por encontrar nuevos puntos de vista, en minuciosidad en el enfoque, en la búsqueda de una atmósfera y de una historia que se componga de luces inciertas, de narrativas inesperadas, de sombras escondidas y de contrastes que les habían pasado desapercibidos. Están habitando la imagen y la imagen los habita, y el asombro es mayúsculo cuando la creatividad y la imaginación afloran y descubren de lo que son capaces.

Frente a la fotografía documental que es nuestro objeto de estudio, es usual que hablemos de evidencia, de prueba, de certificación, de que un hecho efectivamente sucedió. La cámara es el ojo de la historia que tiene el valor fundamental de dejar constancia. Así hemos entendido su valía como un enfoque y no como una teoría. Pero lo que suministra la imagen no es solamente un registro del pasado sino una manera de tratar con el presente, de lidiar con él.

Históricamente, las imágenes comenzaron siendo públicas – en las superficies de las rocas o las paredes de las cuevas- y hoy lo son más al compartirse desde, con y para la pantalla.

Actualmente, la imagen fotográfica, por su relevancia, presencia e incidencia social, se sitúa al nivel de la narrativa, de la crónica que comunica, in-forma y des-informa al compartir y conectar de manera visual cualquier lugar del planeta en tiempo record” (Múnica y Chaves, 2019, p. 17).

Y vamos entendiendo, en estas clases sin aula, cómo la fotografía documental, pese al aislamiento, nos ayuda a construir el afuera que no vemos; provocando que se pregunten ¿qué es eso de lo real? Si lo que estamos viviendo se aleja y mucho, de lo que hasta ahora hemos entendido como “realidad”, como “normal”.

La visión es, como decía Arnheim (1986), un acto de inteligencia. Ahora, en circunstancias tan especiales, estamos intentando hacer que la fotografía nos haga pensar para narrar de una manera inteligente lo que nos sucede en medio de una pandemia. Es un medio por el cual podemos decir y registrar lo que queremos expresar. Con la fotografía podemos crear un hilo



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-Compartir Igual 4.0 Internacional

conductor para contar lo que es discontinuo en la realidad, teniendo presente que vivimos de síntomas y anomalías.

Los profesores tal vez habitamos un terreno de nadie, ni tan analógicos, ni tan digitales. Nos gusta leer, pero nos agota la luz de la pantalla. Preferimos tal vez el libro con páginas amarilleadas por el tiempo, aquel donde aprendimos conceptos, el que nos hizo identificarnos con ideas que aun hoy repetimos. Textos para reflexionar sobre la imagen, ahora omnipresente en las pantallas, subrayados desde hace años y a los que volvemos siempre buscando esa luz que sigue dándonos claves y herramientas para aquella clase compleja o aquel grupo que exige más de nosotros, que nos hace más preguntas y que necesita muchas más respuestas.

En estos tiempos de aislamiento frente al virus, las aulas se invirtieron y entraron en nuestros hogares para seguir acompañando soledades. Siento que son nuevos encuentros humanos con la educación y la fotografía, que ejercen como motivo y como excusa para romper la cuarentena, para convertir en imágenes lo más profundo de lo doméstico y construir frases visuales que nos permitan contar y contarnos.

Recuerdo de nuevo a mi yo niña de 9 años, su sonrisa, su amor por las imágenes, y vuelvo a sentir que para mí la fotografía es un camino, un recurso y una salida, pero también mi manera de enfrentarme al mundo.

Un incidente muy dicente: encontrarnos con nuestros cuerpos

María Fernanda Peña Sarmiento
Profesora universitaria (Colombia)

“Yo soñaba con escuelas donde los profesores fueran guías y consejeros, no supervisores de tareas”

Frank McCourt

Una carta cuento dirigida a los cuerpos (y mentes) de mis queridas y queridos estudiantes y colegas.

En estos días una de las cosas que más estoy extrañando es tener contacto con otros cuerpos. Verlos, sentirlos cerca, abrazarlos, cruzar miradas, darse un buen apretón de manos, saludarlos así fuera con el codo, pero sentirlos cerquita, que me acompañen en mi día a día.



Definitivamente extraño sentirme rodeada de otros y otras. No somos seres para estar aislados, necesitamos de las otras personas para existir, para reconocernos y para enriquecer nuestra humanidad.

Aunque casi todo el tiempo me encuentro con realidades donde criticamos nuestros cuerpos, hoy es uno de los territorios que más estamos echando de menos. La universidad ha sido uno de los espacios donde más he visto eso. Los diálogos que uno escucha de los y las estudiantes normalmente tienen que ver con su peso, talla, pelo, cintura, curvas, apariencia física. Pero hoy esos cuerpos no están en las aulas, ni en los pasillos, cafeterías y espacios de la universidad. Hoy esos territorios que son tan criticados brillan por su ausencia; hoy no importarían que fueran gordos, flacos, altos, bajos, calvos o con mucho pelo. Hoy solo quisiéramos poder de nuevo intercambiar abrazos y sentir a esa otra cerquita y compartiendo desde su existir, su existir desde esa realidad corporal. Aunque los critiquemos todo el tiempo, hoy los estamos extrañando.

No obstante, esos cuerpos nos están hablando, en algunos casos están gritando, están agotados. Necesitan estirarse, mover sus articulaciones, oxigenarse y dejar de estar por horas frente a una pantalla. Esos cuerpos están extrañando la relación con otra persona. Extrañan ver al (la) profesor (a), así sea para seguir criticando su apariencia física. Hoy, esos cuerpos extrañan dar un abrazo a un profesor, cruzar miradas y entender desde ahí que esa persona requiere con urgencia un par de orejas que escuchen y un café para calentar el corazón desde el intercambio de palabras.

La mayoría de las veces que nos miramos en un espejo no nos gusta del todo lo que vemos ahí. Criticamos de manera muy dura las pieles que cuelgan, las marcas que ha dejado la vida, llámense arrugas o estrías, las canas que por estos días se acentúan más, las barbas que no se pueden arreglar, las ojeras, los granitos en la cara, y todas aquellas “imperfecciones” que los cánones de belleza impuestos nos han obligado a rechazar. Sin embargo, por estos días esas “imperfecciones” ya dejan de pesar y esos cuerpos quieren salir de nuevo para ser observados, reconocidos y consentidos.

Todos los días me levanto pensando que sigo en un sueño o no sé si mejor una pesadilla. Cuando abro mis ojos y me encuentro observada por Perón, mi gato, lo miro, tomo aire y digo en voz alta “es real, un día más de este encierro que no sé que lecciones me dejará hoy” y me estrello con la realidad de entender que aquí sigo, guardada sin tener contacto con ningún



cuerpo humano. Que será un día más donde si acaso podré ver a gente a través de una pantalla o escucharla a través de un auricular; pero no quiero eso, quiero volver a tener contacto con cada uno de ellos y ellas y ahí se encuentran ustedes, mis estudiantes, amigos y colegas.

En estos días de aislamiento donde nos hemos encontrado con tener que aprender sobre *Google meet*, *microsoft teams*, *zoom*, *collaborate* y otras plataformas para podernos encontrar virtualmente, lo que definitivamente más extraño es verlos, escucharlos, intercambiar miradas, interpretar sus posturas corporales, ver sus rostros que comunican más de lo que uno cree, escuchar sus distintos tonos de voz, su comunicación no verbal, algunas veces sus malas caras, su pereza frente algún tema, su inconformismo o rechazo a ciertas posturas que como profesora tengo respecto a ciertos temas; pero también extraño su aceptación, conexión y apoyo a lo que cuento en clase, la pasión que ponen en sus intervenciones y aportes, su complicidad, su ternura e ingenuidad. Es decir, lo que más extraño, es tenerlos cerca. Sí, tenerlos cerca, caminar entre ustedes mientras hablamos de un tema académico, ver y leer sus cuerpos, que siempre hablan y al parecer a nosotros, sus profesores, se nos olvidó leer hace años. Este aislamiento nos está gritando, sin ningún tacto, cuánto nos hace falta aprender que sin cuerpos no hay educación. Bueno, depende de qué apuesta tenemos de educación.

Mi apuesta, y más después de este aislamiento y virtualización obligatoria, es volver al aula de clase para valorar más esos cuerpos que siempre han estado ahí sentaditos y que he desaprovechado profundamente. Quiero comprender que los cuerpos hablan, tal como lo dice Jordi Planella: “cuando deciden tomar la palabra (prestada, robada o arrancada de las manos del poder), la pedagogía se teme lo peor e imagina mundos subversivos, incontrolados y peligrosos” (2017, p. 104) y yo quiero eso. Generar desde las aulas nuevas formas de ver el mundo, de leerlo, de reconstruirlo y de transformarlo. No quiero más control, ha sido suficiente. Quiero libertad para ellos y ellas y para mí.

Quiero apostarle a una pedagogía más sensible que no anestesie a los sujetos que se meten por horas en un salón de clase pensando que toda la atención debe estar concentrada en su capacidad racional sin llegar a comprender que para mejorar nuestra humanidad no podemos hacernos los ciegos ante la corporalidad, ante el sentir. Es desde los cuerpos que nos conectamos con el otro, es desde ese territorio que podemos generar procesos más empáticos



y solidarios, porque es desde allí que el otro nos puede importar, nos puede doler y podemos comprender.

Quiero apostarle a una educación que permita las narraciones en primera persona, que permita que nos descubramos entre todas y todos en esos salones de clase. Esas historias que están en esos cuerpos y que muchas veces, por no decir la mayoría, no nos hemos tomado el trabajo de escuchar, de reconocer. Ya lo decía Serres (2016), que antes de enseñar algo a alguien es necesario permitir saber quién es, que se presente, que cuente su historia y eso es lo que necesitamos en las aulas cuando podamos regresar. Conectarnos desde el relato y las narrativas de los y las otras para generar una juventud más activa, más soñadora y revolucionaria. Y adivinen, esas historias están guardadas en ese territorio que no hemos leído “lo que verdaderamente marca nuestro carácter está de alguna manera sumergido en nuestro cuerpo: todo ese flujo de repeticiones y conchitas, de gestos fatigosamente renovados y canicas, de rutinas largas y de astillas diminutas” (Alba, 2016, p. 20).

Quiero y sueño que este incidente pandémico sea tan diciente que nos lleve a entender que los cuerpos son fundamentales para una educación transformadora. Si volvemos a las aulas con la misma actitud y prácticas que veníamos no habremos aprendido nada, necesitamos repensar nuestras formas tanto estudiantes como profesores. Necesitamos valorar más la presencia de las demás personas “hoy como nunca, el encuentro en la vulnerabilidad del cuerpo individual y colectivo se convierte en imperativo urgente de supervivencia” (Cabral, 2016, p. 14)

Solo me queda por decir que extraño sus cuerpos, que no quiero seguir contando a través de un computador, donde siento que le hablo al vacío y no a los seres humanos que enriquecen mi existir.

Les extraño en las aulas, pero ¿para qué extrañar la presencialidad si ni nos mirábamos?

Carlos Eduardo Sanabria B.
Profesor universitario (Colombia)

En estos días de varias semanas de cuarentena, se me ahoga la voz parlanchina y la palabra siempre andariega de profesor universitario; se me desfigura el yo, y hasta me parece narcisista y fanteche e incluso innecesario; y el pensamiento da tumbos en medio de tanto mar de babas de información, con tanta habladuría de políticos y futurólogos, en un mundo en el



que la vieja diferencia entre verdad y mera opinión ya es irreconocible. Incluso algunos tiempos verbales no conjugan bien, por falta de certeza o por nerviosismo y precaución.

¿Cómo empezar a decir algo significativo y que sirva para pensar en estas circunstancias? ¿Y cómo no avergonzarse de estar escribiendo estas letras en la comodidad sobreentendida del techo y la comida y el sustento, cuando hay tanta incertidumbre en otros y otras que ni conozco, pero que se duelen y están ahogados por la angustia de la subsistencia? Tengo que confesar que todas mis palabras me saben a moneda de cuero o a frases de cajón. “Tengo que confesar”, “coyuntura”, “distancia social”, “experimento social”: me suenan a mentira y autoengaño. Demasiados paquetes de información de todos los calibres por todos lados, y ninguna palabra esencial, que diga, que conmueva... Demasiado yo, demasiada pretensión de intelectual deprimido... Y mi yo, en primer lugar, sobra: duelen y sufren quienes no tienen sino la calle y a los conciudadanos que ni los miran como medio y camino de subsistencia. Por eso, estas palabras son majaderas, es decir, hacen sólo ruido.

De golpe, nos parece que la crisis más inminente y que hay que confrontar es el contagio y su curva y el sistema productivo y la maldita banca. Y sin embargo, ya desde antes veníamos en crisis. En la educación superior en Colombia ya se nos olvidó la crisis que vivíamos y por la que miles de personas hace unos pocos meses marchaban y se hacían disparar gases lacrimógenos y arriesgaron y, en casos dolorosos, perdieron la vida; la caída importante en la matrícula de estudiantes nuevos, sobre todo en instituciones privadas; un sistema educativo desfinanciado, que ni la sociedad (esa imprecisa abstracción) sabe bien para qué lo quiere; unas medidas de política pública mezquinas y timoratas; unas estructuras y unos gastos administrativos abultados, despilfarradores e improcedentes, un desequilibrio, una injusticia, una carencia de pensamiento sensible en ese derecho fundamental. Pero ahora esa crisis ya se ocultó tras lo inminente. Y mientras tanto seguimos sin pensar el sentido y la calidad de la educación para la ciudadanía, la convivencia y la democracia. Ahora estamos obsesidos¹ por la curva y por la virtualidad (y es innegable que es un medio valioso para atender las necesidades de nuestras/os estudiantes), pero ¿para qué la educación y qué educación?

¹ Según el Diccionario de Americanismos “Referido a persona, que muestra obsesión por algo” <http://lema.rae.es/damer/srv/search?id=AZpJBTUOex0AMFa6bcn>



Bajo el efecto de los vapores del aire viciado del encierro y la atrocidad de tener que ver este yo todos los días, se me ocurrió pensar este cuento: no comprendía por qué algunos estudiantes estaban rechazando la virtualidad, si lo que recuerdo de hace algunas pocas semanas es que algunos de esos mismos estudiantes que hoy la exigen estaban en mi clase ocupados en la virtualidad de sus dispositivos “inteligentes” mientras que estábamos allí todos “presentes”. Claro, no estábamos presentes, y no sólo por esa naturaleza temporal humana que hace que estando en el ahora estemos en realidad tendidos en el recuerdo y hacia la expectativa; no, no estábamos allí porque hace años queremos siempre estar en otra parte y sobre todo evitándonos y buscando el sentido en un dispositivo o un monitor o un “*display*” que nos saque de la fastidiosa necesidad de escucharnos y reconocernos y vernos unas/os a otros/as. La posibilidad de encuentro de la educación, esto es, de dejarnos transformar por el pensamiento y la experiencia de alguien más, ya se nos estaba convirtiendo en el simulacro de la transacción de evaluaciones sumativas y cualitativas, en salones invertidos, en “*clickers*” y entretenimiento didáctico, como dicen simpáticamente los expertos en pedagogía hoy (¿todavía?).

Se me antoja que hoy se hace aún más necesario cuidar y cultivar lo que alguna vez un profesor me enseñó: el secreto de la universidad. Particularmente un par de sus rasgos: la tradición escrita y la exigencia del intercambio argumentado y crítico. Eso sí, aunado a la capacidad de ponernos en los zapatos de las/os demás: en los zapatos de nuestros estudiantes sin conectividad, en los de los estudiantes estratégicos que sólo quieren seguir de vacaciones, en los de quienes viven de la informalidad en las calles, en los de quienes están en el campo sin las posibilidades y apoyos de las ciudadanías de la ciudad (ellos también son ciudadanos), de todo ese valioso otro y otra que no es nuestro ególatra y narcisista yo.

Hoy más que nunca hay que vigilar a quienes decretan y usan como moneda corriente el estado de excepción. Hace unos meses, nos dábamos el lujo de descalificar con un escéptico mohín la posibilidad pedagógica de la virtualidad en la educación, y desconfiábamos (con justa causa) de mercachifles de la educación que nos intentaban vender la fórmula para incrementar el ingreso crematístico de las instituciones universitarias mediante el ofrecimiento de programas baratos apoyados en la virtualidad, con un gran despliegue de seguimiento y acompañamiento al cliente (perdón, al estudiante) desde “*call centers*” con domicilio en el extranjero. En pocos días saltamos necesariamente a la virtualidad en las instituciones de



educación por exigencia de las medidas de salud pública y porque (así como las cárceles y las instituciones de salud) son focos poderosos de contagio por la cercanía cotidiana (al menos física) de los miembros de su comunidad.

¿Será que lo que hoy es coyuntura y sus medidas, tenderá a normalizarse y eternizarse como única realidad posible? Ayer la virtualización de la educación era solo una herramienta (como lo sigue siendo hoy) y temíamos la uberización de la universidad, su conversión en “ubersidad”: hace un par de semanas sólo reconocíamos en la virtualización de la educación una herramienta algo sospechosa, por su poder expansivo y su cara de negocio, que debería ser muy controlada para asegurar el acceso en las condiciones más excepcionales (geográficas, de conflicto, de cobertura). Si hace unos meses nos resistíamos a dar el paso jovial y despreocupado hacia la virtualización, por sospechas que recaían en sus vendedores, ¿será que en unos meses cuando regresemos a nuestras nuevas instituciones de educación olvidaremos la desconfianza y creemos que la mejor comunidad académica será la de la circulación virtual? Me temo que más de un directivo educativo verá la oportunidad de prescindir de los profesores ocasionales o de cátedra, de ahorrar el gasto de servicios públicos en las sedes educativas por uso humano de sus edificios, de eliminar definitivamente ese imponderable que es el tiempo de preparación de clase, y de deshacerse de la molesta ocurrencia de personas, encuentros, debates y protestas en nuestras instituciones.

Estos días de salto educativo al vacío, o en los brazos de esa huera confiabilidad de la virtualidad, reconozco en el trabajo de muchas/os colegas y en el mío propio algo de esa “explotación de sí mismo” sobre la que advertía Han: “El sujeto del rendimiento (...) no es realmente libre, pues se explota a sí mismo, por más que lo haga con entera libertad” (2014, p. 11). La desvinculación respecto al otro nos ha convertido en nuestros propios y más avaros acreedores. Es como si la posibilidad situada en la vida presencial de hace unas semanas, de disentir, de preguntar, de no estar de acuerdo, incluso de ofender de frente o hacer un gesto obsceno a las espaldas de la autoridad (¿?), hubiera sido reemplazada por la autoexplotación en la intimidad del hogar-oficina. No quisiera estar seguro o muy inclinado a pensar que le hicimos el trabajo a esos jefes que nos andaban persiguiendo con los formatos de medición del desempeño, al interiorizar exitosamente al abusador de la positividad, de la productividad y del control total. Por el temor a perder el tambaleante empleo, por querer figurar ante los futuros evaluadores de nuestra labor docente con los más altos méritos y dedicación, pero también por



querer lograr lo casi imposible (la corresponsabilidad de nuestros estudiantes en este encuentro que es la educación), todos los días son un eterno día laboral para ahogarnos en todas las tareas: no hay espacio para el fallo, el yerro, la incertidumbre.

Me queda un débil, cobarde y temeroso ojalá: que ésta sea más bien la oportunidad de cuestionar esa lógica matona de la positividad y de la productividad de todo gesto; de fortalecer la comunicación auténtica entre los miembros de la comunidad académica y por supuesto de la sociedad; de reducir los costos de la matrícula en países donde la educación sigue siendo un privilegio y, por qué no, de pensar la gratuidad de acceso al conocimiento, y, finalmente, de pensar que todos los miembros de la comunidad académica recobremos la necesidad del esfuerzo solidario y cooperativo en el secreto de la universidad.

El cuento del virus, un incidente comunicativo

J. Ignacio "Iñaki" Chaves G.

Profesor, sociólogo y comunicador (España-Colombia)

A Cuba y su personal sanitario, por la solidaridad mundial que regalan

Todo aquello que nos trastorna es un incidente. Hoy, el "normal" desarrollo social de nuestras comunidades se ha visto alterado por un "cuento" llamado coronavirus.

A lo largo de nuestra vida nos cuentan, o contamos, cientos de cuentos:

En un lugar de... no, no, no.

Érase una vez... bah, no, no.

Cuando despertó, el... no, no, tampoco.

Muchos años después, frente al... no, no, qué va.

Hubo un tiempo, en el que existió un planeta que lo tenía todo para vivir... sí, y entonces...

(Chaves, 2020)

Ahora, el cuento tiene forma de algo muy corriente en el planeta: un virus. Una pandemia más que comunicada, una infodemia que está llenando pantallas, medios, calles y hogares de un bichito que parece haber sido el llamado de atención sobre la locura del ser humano en el planeta Tierra.



El virus ha cambiado la comunicación que teníamos, ya de por sí en continua metamorfosis, de una manera drástica. Todo lo comunicativo ha sido invadido por el coronavirus: pantallas, redes virtuales, portadas, noticieros y hasta las ínclitas noticias falseadas (*fake news*).

Vivíamos tan felices, o eso nos creíamos, y un simple bichito (jodido y matón, pero simple), nos ha despertado del sueño de la razón, haciéndonos ver que los monstruos no están en nuestras cabezas, sino en la realidad que nos circunda, en la calle, en las escuelas, en las empresas, en nuestras casas y, algo que nos afectará en el largo plazo, en nuestras cabezas.

Esa realidad la habíamos rodeado de un halo de tranquilidad e ilusiones que no era cierto, no había arena de playa bajo los adoquines, no eran nuestras vidas balsas de aceite, no lucía el arco iris tras las montañas; que nos habíamos metido de lleno en la sociedad impuesta por el capital, olvidándonos de todo lo grave e injusto que sucede alrededor; que habíamos dejado de ser para simplemente estar.

La COVID-19 nos ha repercutido en la línea de flotación de nuestra enorme nave del consumo y el despilfarro, nos ha afectado en lo más profundo de nuestras convicciones liberales (sí, aunque nos creamos socialistas o progres o pseudocomunistas); nos ha dado de bruces contra el espejo de nuestro propio yo, imagen individualista, rota y desleal con el “nosotros”, y nos ha mostrado que no era desarrollo lo que estábamos produciendo, sino exclusión social, empobrecimiento espiritual y debacle ecológica; en definitiva, injusticia.

Un agente infeccioso microscópico nos ha trastornado, nos ha roto el cinturón de seguridad y hemos caído a un vacío que no tiene sentido (sentidos). Es un cuento que no han terminado de narrarnos, al que, todavía, no le han (hemos) escrito el final; es un incidente que modifica nuestras vidas, que nos inunda de noticias, ciertas y manipuladas, que nos llena de temores, que nos hace darnos cuenta de qué tan fácilmente podemos perder lo que creíamos tener, o que realmente no teníamos nada. Solamente la vida, y la habíamos vestido de trajes que no eran los que correspondían.

¿Cómo nos cuentan el cuento del coronavirus los medios? Además de cierta tendencia al pánico y al espectáculo, porque todo lo que provoca miedo es espectacular y es lo que más vende, hay un exceso de información, una pandemia informativa que acompaña a la sanitaria y que nos dificulta la capacidad de análisis. Hoy todo se “reenvía” por las redes virtuales, lo que da lugar a una infoxicación del cerebro y de la vida en aislamiento.



Dice la comunicación que nos llega que el protagonista de este cuento tan actual y real es “democrático”, porque afecta por igual a ricos y a pobres. Pero no se engañen, lo que va dejando a su paso, y dicen que apenas ha iniciado su narrativo y mortal recorrido, no afectará igual a unos y a otros, dolerá más a quienes menos tienen y molestará, pero menos, a quienes están más protegidos.

Fíjense en esos primeros días de la cuarentena, los medios nos mostraban a los que lo tienen casi todo, al menos lo material, alardeando de cómo pasan su encierro ejercitándose en el gimnasio, golpeando una pelota en su jardín, jugando en su mesa de billar o ping-pong o recorriendo su casa salvando obstáculos para mantenerse entretenidos y en forma. Miren a la mayoría, ese 80 % de la población que apenas alcanza a contar con el 1 % de no sé qué riqueza. Su gimnasio es, como mucho, un sofá donde dejar caer sus huesos; su jardín es, a lo sumo, las pocas plantas que tiene en diminutas macetas; para juegos, los de mesa: cartas, dados, parchís... y en su casa sus obstáculos para el ejercicio es encontrar unos centímetros cuadrados de espacio libre en la superficie, cuando la tienen, que comparten veinticuatro horas al día, siete días por semana, con el resto de la familia o moradores del apartamento.

¿Nos explican nuestras comunicaciones quiénes son las personas que más mueren en el cuento del virus? Las personas de la llamada cuarta edad; las que ya estaban padeciendo algún tipo de enfermedad; las que viven sin apenas recursos; en Estados Unidos de América, la población latina y afroamericana, por lo general de escasos medios. Y eso que todavía no ha hecho su estreno estelar, con toda la fuerza que medios y científicos le reconocen, en los lugares donde estamos más indefensas y expuestas. El cuento, cuando llegue a África y América Latina puede ser de miedo. En estos territorios afectará más profundamente por las dificultades sanitarias para afrontarlo, por la desigualdad habitacional o por la dispar distribución de los ingresos por el trabajo (González Sarro, 2020).

Durante esta crisis, el filósofo alemán Habermas ha declarado al diario *Kölner Stadt-Anzeiger* (2020) que “nunca habíamos sabido tanto de nuestra ignorancia ni sobre la presión de actuar en medio de la inseguridad”, pero creo que la mayoría sabemos que, pese a la solidaridad y la empatía mostrada en estos días, mezclada con algunas hipocresías y reacciones hostiles, cuando esto termine volveremos a donde antes. Un poco más envejecidas, un poco más reticentes al contacto físico y seguramente un poco más empobrecidas, con una ligera, o profunda, sensación de pérdida y unas ganas locas de vivir que chocarán con la realidad del



sistema: el viejo capitalismo con nuevo disfraz dispuesto a seguir explotando a los seres humanos y arrasando la naturaleza para continuar manteniendo sus privilegios y beneficios.

Todo cambiará para seguir siendo igual, o peor, que antes. No es pesimismo, es política ficción con base en lo que está pasando, en lo que ha pasado históricamente y en lo que dicen las personas expertas que pasará en el futuro cercano. El mundo no volverá a ser el mismo después de la pandemia; y sin pandemia tampoco lo sería. El mundo se transforma, se metamorfosea continuamente. La incidencia del virus es que se producirán algunos cambios más, tal vez también más profundos, en más lugares del mundo a la vez por una misma causa. Pero los resultados serán muy distintos, porque no a todas las personas les afectará igual. El tiempo lo dirá.

Lo que sí creo es que el cuento del virus nos ha hecho tener presente la verdadera comunicación, la que nos une, la que nos relaciona sin importar el medio de transmisión por el que nos comuniquemos. Nos ha hecho recordar que el acto comunicante sigue siendo lo que siempre ha sido: “el primigenio núcleo relacional alrededor del cual se forman estructuras sociales” (Pasquali, 2007, p. 17).

Debemos tener responsabilidad y solidaridad en la información que difundimos y en la comunicación que practicamos. Evitando caer en el terrorismo comunicativo provocado por la actual concentración de poderes y medios y recuperar la diversidad comunicacional que nos enriquece como sociedad. Derechos y libertades bien comunicadas para esperar el siguiente golpe preparadas para defendernos, para no caer en ese “desastre que lo arruina todo, para dejarlo todo como estaba” (Blanchot, 1990, p. 11).

Este cuento del virus es un incidente comunicativo que nos ha unido en las redes virtuales y que nos ha hecho sentir, aunque sea en la distancia que hay entre ventanas y balcones o en el tiempo que se demora una respuesta a nuestro mensaje digital, que no estamos solas, que hay más gente, mucha, que arrima el hombro, que aplaude, ríe y canta y que cuenta el cuento para escribirlo con un final feliz. Podría ser el tradicional “y colorín, colorado...”, un esperanzador “continuará...”, o un simple “fin”. Pero juntas podemos aportar uno “nuestro”, de todas. Por ejemplo, no olvidarnos de vivir, sí; de soñar, también, e incluso de delirar, como nos dijo Galeano (1999), de vivir cada día como si fuera el primero y cada noche como si fuera la última.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-Compartir Igual 4.0 Internacional

Bibliografía

- Alba Rico, S. (2016). *Penúltimos días. Mercancías, máquinas y hombres*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Arnheim, R. (1986). *El pensamiento visual*. Barcelona: Paidós.
- Blanchot, M. (1990). *La escritura del desastre*. Caracas: Monte Ávila.
- Cabral, M. (2016). "Prólogo". En Contrera, L. y Cuello, N. (comp.). *Cuerpos sin patrones. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne*. Buenos Aires: Madreselva.
- Chaves, J. I. (2020). "Tal vez un cuento". En el blog *Pateras al Sur*, abril 1 de 2020 [<https://paterasalsur.wordpress.com/2020/04/01/tal-vez-un-cuento/>]
- Galeano, E. (1999). *Patatas arriba. La escuela del mundo al revés*. Madrid: Siglo XXI.
- González Sarro, I. (2020). "La COVID-19 acentuará la desigualdad en Latinoamérica". En *The Conversation*, abril 15 de 2020 [<https://theconversation.com/la-covid-19-acentuara-la-desigualdad-en-latinoamerica-135673>].
- Habermas, J. (2020). "Interview mit Jürgen Habermas". En *Kölner Stadt-Anzeiger*, abril 3 de 2020 [<https://www.ksta.de/kultur/interview-mit-juergen-habermas--so-viel-wissen-ueber-unser-nichtwissen-gab-es-noch-nie—36507420>].
- Han, B. C. (2018). *La expulsión de lo distinto*. Barcelona: Herder.
- Han, B. C. (2014). *La agonía del Eros*. Barcelona: Herder.
- Múnera, B. y Chaves, J.I. (2019). "La fotografía, un documento social". En Múnera, B. y Chaves, J.I. (coords.). *La fotografía, un documento social*. Bogotá: Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, ediciones USTA y Desde Abajo.
- Pasquali, A. (2007). *Comprender la comunicación*. Barcelona: Gedisa.
- Planella, J. (2017). *Pedagogías sensibles. Sabores y saberes del cuerpo y la educación*. Barcelona: Pedagogías UB.
- Serres, M. (2016). *Pulgarcita*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sontag, S. (2006). *Sobre la fotografía*. México: Alfaguara.